

Universidad del Tolima - IDEAD - Año 13. No.13 Semestre B de 2025 ISSN: 2256-2133

REVISTA ESTUDIANTEL

# ENTRE LÍNEAS



Universidad  
del Tolima



ACREDITADA  
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!



## La majestuosidad

**Eduardo Sterling Bermeo**

*Licenciatura en Literatura y lengua Castellana*

*VI Semestre*

*CAT Kennedy – Universidad del Tolima*

Tiempos lejanos de los encrespados susurros del viento. Había reinos que contaban sin pensar historias. Y que si no se cuentan se olvidan, tras la cortina de la confabulación de letras borradas como la piedra caliza. Existía por aquel tiempo un león de melena dorada como un zafiro. Era grande y majestuoso. Su paso era tan elegante y brillante como el sol. Sus ojos eran impactantes, su fuerza magnánima. Su valiente corazón era una armadura de oro. Y al ser él majestuoso rey de la selva, estaba inmerso en una melancólica tristeza por estar solo, solito, solitario. La intemperie tejía su silenciosa compañía con hilos de soledad y tristeza. En cierto día cuando deambulaba en los místicos bosques de su reino sombrío, de repente encontró un anciano sabio, con el que al instante hicieron conexión y entablaron una excelsa amistad. El viejo sabio le contó un relato de leyenda de antaño; era una oveja que encontró el pilar de una felicidad real, la cual se convirtió en aguja y tejió los hilos de un fabuloso destino favorable. Y conmovido por la historia, Leonid que por cierto así se llamaba el impactante león, decidió emprender un viaje hacia lo desconocido, en busca de su propia redención, porque quien busca encuentra y lo más interesante es en el momento más inesperado del palpar de la vida.





Después de días de caminar entre sombras y luces, encontró una antigua cueva oculta en la ladera de una montaña. El espíritu curioso se despertó en ese instante como lucero en medio del oscurantismo del saber más. En el interior de la cueva, se encontraba una extraña estatua de una oveja de mármol blanco con ojos de madera de ciprés. Era algo impresionante a la retina. Sin dudarlo, Leonid se acercó a la estatua y se acordó de las palabras de conexión lírica que el anciano sabio le había narrado. Al instante, una luz dorada lo envolvió, y el majestuoso león se transformó en una suave oveja. Era algo extraño para Leonid su transformación repentina, pero a la vez curiosa y emocionante, pues muy en el fondo quería saber que iba a suceder más adelante.

Y al principio, Leonid se sintió desconcertado por su nueva forma, pero pronto descubrió una sensación de paz y serenidad que nunca había experimentado antes. Se unió a un rebaño de ovejas que pastaban en los prados verdes y se sumergió en la rutina tranquila y apacible de la vida en el campo. Sin embargo, la nostalgia de su antigua vida lo perseguía como una sombra. Recordaba los días de gloria en los que reinaba sobre la selva y anhelaba volver a sentir la fuerza del rugido y la emoción de la caza.



De pronto un día, mientras pastaba en la colina, Leonid encontró un haz de luz que se filtraba entre los árboles. Siguiendo la luz, descubrió un telar abandonado cubierto de polvo y telarañas. Inspirado por un impulso repentino, decidió aprender el arte del tejido. Y en ese momento de una de sus patas le surgió una aguja de telar resplandeciente como el dorado con toques de zafiro. En aquel instante inesperado. Con paciencia y determinación, Leonid comenzó a tejer con los hilos del destino como la oveja de aquella leyenda memorable, creando una manta tan suave y cálida como su propia lana. Era tan suave como el satén. Utilizó los ojos de madera de ciprés que había guardado como un tesoro para dar vida a la manta, convirtiéndola en una obra de arte que emanaba una energía mágica y reconfortante. Que magistral tejido de magnánima fulguración. Y a medida que tejía, las lágrimas brotaban de sus ojos y se mezclaban con los hilos, impregnando la manta con la esencia de su dolor y su anhelo. Pero también había esperanza y amor en cada puntada, una promesa de un futuro mejor.

Al terminar la manta, Leonid suspiro y replico: “¡Por fin la he acabado”! Y, al instante, Leonid se sintió lleno de una alegría indescriptible. En ese momento había encontrado un grato propósito que palpitaba por todo su ser: Era un camino que lo llevaba más allá de las fronteras de su antiguo yo y hacia un destino desconocido, pero prometedor. Que genialidad que con lo más simple podemos encontrar una visión con futuro y un melífluo palpar de alborio de hazañas. Y así, el león que se convirtió en oveja, luego en aguja, encontró la verdadera felicidad al tejer su destino con los hilos del amor y la esperanza. Su manta se convirtió en un símbolo de transformación, una prueba de que incluso los más poderosos pueden encontrar la paz en la sencillez y a la vez la grandeza en lo más simple.



# ENTRE LINEAS